

IMAGINO QUE SE me ha confiado la honrosa tarea de agradecer los Premios Príncipe de Asturias porque, entre los premiados, yo puedo testimoniar mejor que nadie sobre el espíritu generoso que los informa y, viniendo del remoto Perú, sobre su vocación universal. Lo hago con la modestia debida, pero, también, orgulloso de compartir este reconocimiento con los distinguidos intelectuales, artistas, científicos e instituciones que lo han merecido. Y feliz de hacerlo en esta tierra de Asturias, de recias cumbres y verdes campiñas, donde nació uno de los escritores que más admiro —Clarín— y que es un símbolo, en la historia de Occidente, de amor a la soberanía y a la libertad.

Y puesto que los Premios Príncipe de Asturias hermanan, cada año, a hombres y mujeres de España y de América, quizá ésta sea una ocasión propicia para reflexionar en alta voz sobre aquel hecho fronterizo en la Historia, del que pronto celebraremos cinco siglos: la inserción de América, por obra de España, en el mundo occidental. Vale la pena hacerlo porque, antiguo y sabido, es un hecho que todavía no resulta evidente para todos ni suelen sacar de él, algunos gobiernos y personas, las conclusiones que se imponen.

Españoles e hispanoamericanos vivimos trecientos años de historia común y, en esos tres siglos, la tierra a la que llegó Colón desapareció y fue reemplazada por otra, sustancialmente distinta. Una tierra que, enriquecida por los fermentos de su entraña prehispanica y por los aportes de otras regiones del planeta —el Africa, principalmente—, piensa, cree, se organiza, habla y sueña dentro de valores y esquemas culturales que son los mismos de Europa. Quien se niega a verlo así tiene una visión insuficiente de América o de lo que es el horizonte cultural de Occidente.

Luego de tres siglos en que fueron una sola, las naciones que España ayudó a formar y a las que marcó de manera indeleble, estallaron en una miríada de países que, entre fortunas e infortunios —más de éstos que de aquéllas— tratan de forjarse un destino decente y de aniquilar a esos demonios que han emponzoñado su historia: el hambre, la intolerancia, las desigualdades inicas, el atraso, la falta de libertad, la violencia. Son demonios que España conoce porque también en la Península han causado estragos.

Lo que la Historia unió los gobiernos se encargan a menudo de desunirlo. Nuestro pasado, en América, está afeado por querellas estúpidas en las que nos hemos desangrado y empobrecido inútilmente. Pero todas las guerras y disensiones no han podido calar más hondo de la superficie; bajo los territorios diferendos subsisten, irrompi-

LA VUELTA DE LOS DÍAS

EL LUNAREJO EN ASTURIAS

por Mario Vargas Llosa

bles, aquellos vínculos que España estableció entre ella y nosotros, y entre nosotros mismos, y que el tiempo consolida cada vez más: una lengua, unas creencias, ciertas instituciones y una amplísima gama de virtudes y defectos que, para bien y para mal, hacen de nosotros parientes irremediables por encima de nuestros particularismos y diferencias.

Quizá una pequeña historia podría ilustrar mejor lo que me gustaría decir. Ya que eso es lo que soy —un contador de historias— permítanme que se la cuente.

Es la historia de un indio del Perú, que nació en 1629 o 1632 —nadie ha podido precisar—, en una aldea perdida de los Andes cuyo nombre, Calcauso, ni siquiera figuró en los mapas. Estaba —a lo mejor está aún— en la provincia de Aymaraes, en Apurímac. Era un muchacho curioso y vivaracho a quien, un día, un clérigo de paso, impresionado por sus dotes, llevó consigo al Cusco e hizo estudiar en el Colegio de San Antonio Abad, donde se concedían algunas becas para "hijos de indígenas". Sabemos muy pocas cosas de su biografía. Ni siquiera es seguro que se llamara con el nombre y el apellido españoles con que ha pasado a la historia: Juan Espinoza Medrano. Parece probado, eso sí, que tenía la cara averiada por verrugas o por un enorme lunar y que a ello debió su apodo: el Lunarejo.

Pero sus contemporáneos le pusieron también otro sobrenombre más ilustre: el Doctor Sublime. Porque aquel indio de Apurímac llegó a ser uno de los intelectuales más cultos y refinados de su tiempo y un escritor cuya prosa robusta y mordaz, de amplia respiración y atrevidas imágenes, multicolor, labérrica, funda en América hispana esa tradición del barroco de la que serían tributarios, siglos más tarde, autores como Leopoldo Marechal, Alejo Carpentier y Lezama Lima.

La leyenda dice que cuando el Doctor Sublime predicaba, desde el púlpito de la modesta iglesia del barrio de san Cristóbal, en el Cusco, de la que fue párroco, la nave rebotaba de fieles y que había quienes hacían largas travesías para escucharlo. ¿Entendía esa apretada multitud lo que el Lunarejo les decía? A juzgar por los sermones que de él nos han llegado —*La Novena Maravilla* se titula, con cierta hipérbole, la recopilación— es probable que, la mayoría, no. Pero no hay duda que esa palabra lujosa, musical, que convocaba con autoridad a los poetas griegos y a los filósofos romanos, a fabulistas bizantinos, trovadores medievales y prosistas castellanos y los hacía desfilar galantemente por la imaginación de sus oyentes, hechizaba a su auditorio.

El único libro orgánico escrito por el Lunarejo del que tenemos noticia es un texto polémico: el *Apologético en favor de don Luis de Góngora*, que publicó en 1662, refutando al crítico portugués Manuel de Faria y Souza, que había atacado el culteranismo. Hay a quienes la intención de este turbulento panfleto hace reír. ¿No era patético que, allá, tan lejos de Madrid, y tan fuera de tiempo, ese indiano se empeñara en intervenir en una polémica que, aquí, en Europa, había cesado hacía varias décadas y cuyos protagonistas estaban ya muertos? A mí, el anacrónico empeño del curita cusqueño, lanzándose, desde su barriada andina, a reavivar esa extinta polémica, me conmueve profundamente. Porque en su texto erudito, belicoso, atiborrado de pasión y de metáforas, hay una voluntad de apropiación de una cultura que adelanta lo que es hoy, intelectualmente, América Latina. En el Lunarejo, y en un puñado de otros creadores indios, como el Inca Garcilaso o Sor Juana Inés de la Cruz, las ideas y la lengua que fueron de Europa a América han echado raíces y germinado en un pensamiento y en una estética que representan ya

un matiz diferente, una inflexión propia muy nítida dentro de la literatura española y la civilización occidental.

En el *Apologético en favor de don Luis de Góngora*, el Lunarejo cita o glasa a más de ciento treinta autores, desde Homero y Aristóteles hasta Cervantes, pasando por el Aretino, Erasmo, Tertuliano y Camoens. Las citas cultas eran un ritual de los tiempos, como rendir pleitesía al cielo y a los santos. En su caso, son, también, un ejercicio de magia simpática, un conjuro para atraer a esas tierras y arraigar en ellas a quienes representaban, entonces, las cimas de la sabiduría y el arte. Aquella brujería fue eficaz: obras como las de Neruda, Borges y Octavio Paz han sido posibles en América Latina gracias a la testarudez con que, gentes como el Lunarejo, decidieron hacer suya, asumir como propia, la cultura que España trasplantó a sus tierras.

En los tiempos del Doctor Sublime, la mayoría de nuestros escritores eran meros epígonos: repetían, a veces con buen oído, a veces desafinando, los modelos de la metrópoli. Pero, en algunos casos, como en el suyo, apunta ya un curioso proceso de emancipación en el que el emancipado alcanza su libertad y su identidad eligiendo por voluntad propia aquello que hasta entonces le era impuesto. El colonizado se adueña de la cultura del colonizador y, en vez de mirarla, pasa a crearla, aumentándola y renovándola. Así, se independiza en la medida que se integra. En eso consiste la soberanía cultural de Hispanoamérica: en saber que Cervantes, el Arcipreste y Quevedo son tan nuestros como de un asturiano o un leonés. Y que ellos nos representan tan legítimamente como las piedras de Machu Picchu o las pirámides mayas.

Aquel proceso fue extraño, sinuoso y, sobre todo, lento. Como el Doctor Sublime, otros hispanoamericanos encontraron su propia voz, sin proponérselo, tratando de emular a los peninsulares. En el Lunarejo, la inventiva y el brío verbal son tan fuertes que rompen los moldes estrechos y rastros del género que escogió para expresarse. Su *Apologético* no es tal, sino un poema en prosa en el que, con el pretexto de reverenciar a Góngora y vituperar a Faría y Souza, el apurimeño ejerce una suntuosa prestidigitación. Juega con los sonidos y el sentido de las palabras, fantasea, canta, impreca, cita y va coloreando los vocablos y los malabares con un dejo personal. Al final, no vemos en su texto una reivindicación de Góngora y una abominación del portugués: lo vemos a él, emergiendo, borrocho de verbo y de retruécanos, con una figura propia tan resuelta que afantasma al poeta y al crítico.

En el Lunarejo se vislumbra lo que sería el Perú, Hispanoamérica: la frontera austral del Occidente, un mundo

en ciernes, inconcluso, ansioso por cuajar, que tiene prisa y que a veces se cae de bruces. Pero la meta final de esa carrera de obstáculos en que está América Latina es clarísima y nada nos ayudaría tanto a alcanzarla como que Europa Occidental entendiera que nuestra suerte está unida a la de ella y que el anhelo de nuestros pueblos es lograr sociedades prósperas y justas, dentro del sistema de libertad y convivencia que es la más grande contribución de Occidente a la humanidad.

A lo mucho que nos unió en el pasado, hoy nos une, a españoles y a hispanoamericanos, otro denominador común: regímenes democráticos, una vida política signada por el principio de la libertad. Nunca, en toda su vida independiente, ha tenido América Latina tantos gobiernos representativos, nacidos de elecciones, como en este momento. Las dictaduras que sobreviven son apenas un puñado y algunas de ellas, por fortuna, parecen estar dando las últimas boqueadas. Es verdad que nuestras democracias son imperfectas y precarias y que a nuestros países les queda un largo camino para conseguir niveles de vida aceptables. Pero lo fundamental es que ese camino se recorra, como quieren nuestros pueblos — así lo hacen saber, clamorosamente, cada vez que son consultados en comicios legítimos — dentro del marco de tolerancia y de libertad que vive ahora España.

Para nuestros países, lo ocurrido en la Península, en estos años, ha sido un ejemplo estimulante, un motivo de inspiración y de admiración. Porque España es el mejor ejemplo, hoy, de que la opción democrática es posible y genuinamente popular en nuestras tierras. Hace veintiocho años, cuando llegué a Madrid como estudiante, había en el mundo quienes, cuando se hablaba de un posible futuro democrático para España, sonreían con el mismo excepti-

cismo que lo hacen ahora cuando se habla de la democracia dominicana o boliviana. Parecía imposible, a muchos, que España fuera capaz de domeñar una cierta tradición de intolerancias extremas, de revueltas y golpes armados. Sin embargo, hoy todos reconocen que el país es una democracia ejemplar en la que, gracias a la clarísima elección de la corona, de las dirigencias políticas y del pueblo español, la convivencia democrática y la libertad parecen haber arraigado en su suelo de manera irreversible.

A nosotros, hispanoamericanos, esta realidad nos enorgullece y nos alienta. Pero no nos sorprende; desde luego que era posible, como lo es, también, allende el mar, en nuestras tierras. Por eso, a las muchas razones que nos acercan, deberíamos decididamente añadir esta otra: la voluntad de luchar, hombro con hombro, por preservar la libertad conseguida, por ayudar a recobrarla a quienes se la arrebataron y a defenderla a los que la tienen amenazada. ¿Qué mejor manera que ésta de conmemorar el quinto centenario de nuestra aventura común?

La palabra Hispanidad exhalaba, en un pasado reciente, un tuflido fuera de moda, a nostalgia neocolonial y a utopía autoritaria. Pero, atención, toda palabra tiene el contenido que queramos darle. Hispanidad rima también con modernidad, con civilidad, y, ante todo, con libertad. De nosotros dependerá que sea cierto. Hagamos con esas dos palabras, Hispanidad y libertad, las piletas que le gustaban al Lunarejo: juntémoslas, arrejuntémoslas, fundémoslas, casémoslas y que no vuelvan a divorciarse nunca.

Discurso pronunciado en la ceremonia de entrega de los premios Príncipe de Asturias, en Oviedo, España, el mes de noviembre de 1986.

HORIZONTES ANTÍPODAS

por José Luis Cuevas y Marco Antonio Montes de Oca

El 24 de noviembre último se inauguró, en la galería Lourdes Chumacero, la primera exposición — notable no sólo por su carácter inusitado sino, sobre todo, por su calidad — del pintor Marco Antonio Montes de Oca y de su hija, Alejandra Montes de Oca. Las presentaciones respectivas fueron escritas por el crítico y poeta José Luis Cuevas, también artista a sus horas, y por el

propio Montes de Oca, poeta. Las reproducimos a continuación.

LA DOBLE TRADICIÓN

EN LA PLAZA Gustave Toudouze, en París, visité a un abogado que colecciona dibujos y pinturas de escritores. Ahí contemplé maravillado dibujos de Víctor Hugo casi tan conocidos como sus

libros. Henri Michaux, Jean Cocteau y García Lorca sobresalen por su nitidez expresiva dentro de esta colección acuciosa. Me gustan los dibujos de los escritores: al revelarnos su espíritu lo completan. Algunos tuvieron predilección por el retrato como es el caso de Baudelaire, Verlaine y Rimbaud. Kafka y Alberti no me impresionan menos y otros que no cito han puesto de relieve la preeminencia de la percepción visual en quienes describen o inventan mediante su escritura este mundo nuestro y todos sus satélites imaginarios. En México, que nunca es menos en ningún campo del arte, sobresalen Xavier Villaurrutia en el pasado inmediato y ahora Marco Antonio Montes de Oca, quien traslada la experiencia de sus síntesis visuales al ámbito del color y de la forma con el oído atento al pulso de la tradición. Tlacuilo moderno, pinta ahora sus palabras como antes escribió, con aterradora riqueza, sus imágenes. En su trabajo plástico no hay nada de literario ni de ilustrativo. Me explico: no hay descripción de hechos, no hay narración. Acaso, sí, cortes transversales del sueño llevados a la luz con inspirada frescura. En Montes de Oca hay formas que se mueven en un espacio poético: son palabras dibujadas, jeroglíficos cargados de electricidad que acatan la lección del arte contemporáneo: seguir los métodos de crecimiento orgánico de la naturaleza sin duplicarla.

J.L.C.

CARTA DESDE LAS ANTIPODAS

QUERIDA ALEJANDRA: HE pensado en esas flores que imprimes en la grapa del sueño para que el sueño sea tuyo y no por eso domesticado, sino al contrario, libre como arena entre los dedos. Pienso también qué difícil para tantos artistas que te exceden en edad y en obra expuesta, partir de esa emoción esencial que como una gota mágica que se extendiera en todas direcciones hacia las fronteras de un pétalo, rebasa lo visible para darle a tus cuadros una dimensión y una espiral de ecos que el corazón del espectador confunde sin alarma con sus propios latidos. A esa emoción intensa pero no violenta, milagrosa como una bandera de perfume que doblega al espacio sin tocarlo, hay que añadir con números a los que no se llega contando, formas que caminan dormidas sobre la superficie hechizada y un color que da siempre en el blanco envenenándolo y aun borrándolo, porque no es objeto de belleza aquel que no trasciende su objetivo: viajar más allá del sueño con lo que resta del sueño.

M.M.O

SUPERVIVENCIA DE LA POESÍA

por Michael Hamburger

EN LAS ÚLTIMAS décadas ha habido menos controversias sobre "la muerte de la poesía" que sobre "la muerte de la novela". Una explicación obvia es que de cualquier manera se presta mayor atención a las novelas, porque pueden convertirse en *best sellers* o bien adaptarse para la escena, el cine, el radio o la televisión. Otra es que la poesía era considerada un anacronismo ya desde principios del siglo XIX, al comenzar la Revolución Industrial, cuando Thomas Carlyle declaró que la poesía no podría tener ninguna función real en lo que llamó "La Era Mecánica". Su predicción, por supuesto, carecía de la dialéctica necesaria para dar cabida al movimiento Romántico con sus ímpetus antimecánicos y antirrealistas, y su vuelta a paradigmas no sólo preindustriales sino preliterarios: baladas, canciones populares y cuentos de hadas.

Entre la Época Victoriana y la Primera Guerra Mundial, la poesía europea

alcanzó un número de lectores sin precedente, gracias a la alfabetización masiva, a la prensa mecánica, a una clase ociosa mucho más amplia y a la necesidad que esta misma clase tenía de breves treguas sentimentales en el combate cotidiano contra las realidades socioeconómicas de "La Era Mecánica". Durante siglos fue el analfabetismo lo que limitó el número de lectores de poesía, además de la decadencia de la tradición oral en aquellos países y regiones que sufrieron una industrialización, mecanización y/o una homogeneización educativa a manos de una burocracia central.

Ahora, durante la Segunda Revolución Industrial —la electrónica—, es la alfabetización y no el analfabetismo lo que amenaza a la supervivencia de la poesía, aunque no a la de la literatura como medio de comunicación, por más que esta función haya sido disminuida por la preeminencia de los medios elec-

trónicos. La razón es que la literatura todavía sirve para proveer información de varias clases que se considera útil, incluyendo la referente a la poesía y a las biografías de los propios poetas. La literatura es parte de la industria de la información, mientras que la poesía, por su naturaleza, nunca ha podido ni podrá nunca serlo. Como dijo Juan Ramón Jiménez: "La literatura es un estado de la cultura, la poesía es un estado de Gracia, antes y después de la cultura."

Como no sólo de tecnología vive el hombre —aunque hace lo que puede por morir en sus manos—, es el desarrollo mismo de lo que amenaza a la poesía lo que, otra vez, garantiza que será necesaria mientras la humanidad perdure. La revolución electrónica está creando una nueva clase ociosa: la de los millones vueltos "redundantes" por la automatización de la industria y la desaparición de oficios y profesiones enteras. Mientras más monstruosamente inhumana se torna nuestra civilización, es más probable que, cuando menos, una pequeña parte de los permanentemente desempleados se aleje de otros medios de comunicación para acercarse a aquel "estado de Gracia antes y después de la cultura", a la anacrónica poesía.

He utilizado más arriba la palabra *anacronismo* en su sentido principal de: "en desventaja respecto de las tendencias de la época", limitándome a la civilización que conozco, la de los llamados países desarrollados. Como todas las artes puras —a diferencia de las aplicadas—, la poesía es anacrónica en otro sentido, más literal: el de su intemporalidad. Aunque la palabra esté pasada de moda, un impulso hacia la intemporalidad existe siempre en el acto de escribir poesía, sin importar el tema, tratamiento, vocabulario o grado de modernidad que el poeta intente o alcance. Sin este impulso, el poeta producirá literatura, no poesía.

Debido a que el medio de los poetas, las palabras, se confunde más fácilmente con un mero vehículo de información que los medios del músico o el pintor —aunque imagen y sonido son cada día más utilizados por la industria de la comunicación y la información—, muchos lectores, maestros y aun escritores de versos caen frecuentemente en el error de confundir la naturaleza de la poesía, que consiste en llevar su bagaje temporal y ocasional a la dimensión de la intemporalidad, con las funciones que puede cumplir un poema.

No pretendo abogar aquí por ningún tipo específico de poesía —la herméutica, por ejemplo— sobre otros, y estoy perfectamente consciente de que la poesía ha tenido, y sigue teniendo,

diferentes funciones en las distintas culturas y civilizaciones. Ha servido como mnemotécnica (Mnemosine era la madre de las musas), como medio para relatar historias; se ha relacionado estrechamente con la ciencia, la filosofía, ciertos ritos, celebraciones, profecías y revelaciones. Ha sido también juego, entretenimiento, reportaje o sátira social, crítica y exhortación moral. Tampoco quiero decir que alguna de estas funciones sea inadmisibles, aunque sean compartidas por otros medios, en la literatura. Lo que quiero decir es que estas funciones no menoscaban ni deben menoscabar la supremacía del lenguaje en el arte de la poesía; y que el lenguaje poético, a diferencia del informativo, no pierde su poder ni su relevancia aún cuando muchos de los datos que maneje hayan dejado de ser propiedad particular de un grupo específico e históricamente condicionado de lectores. Esto explica la fascinación que sienten muchos poetas por los diccionarios —especialmente los etimológicos—, lo mismo que la costumbre de poetas tan actuales como W.H. Auden o Bertolt Brecht, que incorporan a su vocabulario poético palabras y modismos que evitarían en sus textos en prosa, escritos para informar o persuadir. Para un poeta puede ser más esencial saber que las palabras *materia* y *madre* surgieron de la misma raíz, que estar bien informado de cosas sobre las que todo el mundo habla o escribe. Para un poeta el lenguaje es todo lo que ha sido y puede llegar a ser, todo lo que ha hecho o puede hacer. En cierto sentido, cualquier otro poeta de cualquier tiempo o lugar es su contemporáneo, su contemporáneo en la intemporalidad.

Así como es anacrónica en el sentido de estar fuera del tiempo, la poesía es también utópica, tanto en el sentido más común de la palabra como en el más literal de estar fuera de sitio o en ningún sitio. Y esto sin que importe si el poeta desea que lo esté, piensa de sí mismo que lo está, o si se considera arraigado a tal o cual lugar o modo de vida. Si han de convertirse en poesía, estas particularidades serán llevadas a una dimensión que está en ninguna parte y en todas.

Fuera de su poesía, los poetas pueden ser cualquier cosa que deseen, o que se vean forzados a ser. Pueden estar comprometidos con causas, instituciones o poderes que nadie calificaría de utópicos, o ser víctimas de esas mismas causas, instituciones o poderes. Pueden tener cualquier empleo o profesión, como lo demuestran las biografías de los poetas más importantes del siglo. Del *status* que cada país otorgue a sus poetas, así como de circunstancias personales o capacidades particulares de cada poeta, dependerá cuáles sean esos empleos o profesiones. En

algunos países de Europa y América Latina, por ejemplo, el prestigio de los poetas es tal que algunos han sido designados para puestos diplomáticos. En otros, es más frecuente encontrarlos en bibliotecas o universidades. En las naciones en que las bibliotecas y las universidades aún son consideradas potencialmente peligrosas, el Estado se han vuelto un experto en proporcionar a los poetas comodidades económicas y en restringir al mismo tiempo sus libertades, manteniéndolos alejados de puestos en que su tendencia a la utopía pudiese resultar subversiva. Lo interesante es que estas diferencias político-sociales tienen poco que ver con la supervivencia de la poesía, puesto que ésta ha sobrevivido bajo cualquier circunstancia, en las peores condiciones, por adversas que estas sean para sus hacedores.

Lo que realmente importa para que la poesía sobreviva, es el resurgimiento, incluso en las culturas más tecnificadas, mercantilistas y pluralistas, de las más antiguas y aparentemente atávicas funciones del poeta y la poesía. Aun el mítico arquetipo de Orfeo es una figura recurrente. La tradición del vate y del bardo tuvo mucho que ver con el éxito que Dylan Thomas alcanzó en los años cuarenta y principios de los cincuenta en Inglaterra y los Estados Unidos, a pesar de que buena parte de sus trabajos debieron parecer oscuros y hasta ininteligibles para la mayoría de sus adeptos. El resurgimiento de la poesía oral, combinada a veces con música, que se dio en los sesenta, mucho debió a este antecedente; prueba de ello es que uno de sus más famosos representantes tomó el nombre de Dylan, aunque su personalidad y estilo nada tienen en común. Otros asumieron las funciones de profeta, shaman o gurú en los Estados Unidos, las de bufón o folklorista en Gran Bretaña, la de escritor satírico en Alemania. (Que Wolf Biermann viviese en Alemania del Este haciendo grabaciones para Alemania del Oeste, es una de las muchas ironías de la década). Las lecturas públicas alcanzaron grandes audiencias también en la Europa del Este, porque respondían a necesidades anteriores a los regímenes que las permitían o censuraban.

En los países más atrasados económicamente los poetas son amplia y espontáneamente queridos y respetados como voces del pueblo, y esta relación tradicional no se rompe aunque la obra del poeta alcance un nivel intelectual que que en cualquier otra parte sería considerado incompatible con el gusto popular. La obra de Pablo Neruda es uno de muchos en ejemplos en América Latina. En Grecia, el funeral de Seferis fue un acontecimiento público en

el que se rindió homenaje no solo al poeta sino a los valores amenazados que defendió en vida; en 1984, para no ir más lejos, una gran multitud formó el cortejo del atado descubierto en que Nodar Dubarsky, el poeta georgiano, fue llevado de la Unión de Escritores en Tiflis al cementerio. La popularidad ha conservado en estos casos su sentido más verdadero: se trata de una lealtad y de un afecto que no dependen de las ventas de libros ni de la publicidad. En los regímenes totalitarios, esta popularidad puede ser manipulada o contenida, pero nunca impuesta ni erradicada.

Se ha dicho con frecuencia que ningún poeta será capaz de producir una obra importante y consistente si carece de esta identificación con su comunidad, y que esta sola comunión es mucho más alentadora que cualquier premio u honor que ninguna nación que haya dejado de ser comunidad pueda ofrecer a los poetas, aunque lo cierto es que desde el siglo XVIII los poetas han aprendido a realizar su trabajo con un mínimo de respuesta. Gracias al anacronismo y a la utopía inherentes a su arte, pueden dirigirse a cualquier hombre, vivo o muerto; al *Orfeo* de Rilke o al "ángel necesario de la Tierra" propuesto tanto por el mismo Rilke como por Wallace Stevens. Antes que ellos, Hölderlin se apoyaba en su comunión con muertos y nonatos. Cada vez más, escribir poesía excelente se ha tomado en un privilegio tan poco usual, que no requiere de un reconocimiento o respuesta palpables.

Los intentos deliberados, como los de Brecht, de hacer de la poesía algo útil, de convertirla en un arte con efectos políticos y sociales, se han topado con una barrera formidable. Lo que Brecht probó, en cambio, fue que se podía despojar a la poesía de todos sus ornamentos románticos y post-románticos para hablar en un lenguaje tan descargado de emoción como el que han utilizado algunos poetas latinoamericanos que estuvieron entre sus modelos. De allí su clásica ejemplaridad que se difundió con éxito tanto en la Europa del Este como en la del Oeste. Al transformarse a sí mismo, Brecht logró un tipo de poesía que él pensó adecuado a sus fines didácticos; pero su utilidad práctica y su efectividad estaban fuera de su control. Por ello su ejemplaridad ha comenzado a ser vista también como una utopía.

Como cualquier poeta de "La Era Mecánica", entonces, Brecht solo habría logrado arrojar su mensaje en una botella —en las palabras de Paul Celán— "con la fe, no siempre reforzada por la esperanza, de que podría ser llevada por las olas a algún lado, alguna vez, en tierra, en el meollo de las cosas

quizás". En este sentido, los mensajes claros no han tenido ni mejor ni peor suerte que los crípticos, los cifrados.

La incertidumbre es inseparable no sólo del acto de escribir y publicar poemas, sino del singular placer que habrá de derivarse de su lectura. Porque corren el riesgo de la incertidumbre, los poetas no pueden estar completamente seguros de que saben realmente de qué se tratan o de si sus mensajes serán alguna vez recogidos. La poesía satisface una necesidad que ningún otro lenguaje puede satisfacer. Lo opuesto de este lenguaje no es la prosa, puesto que existen textos en prosa que afrontan los mismos riesgos. Tampoco es el silencio, que será siempre la fuente y precondición de la poesía lo mismo que de la música. Es el ruido de la literatura, con su intercambio de bonos de personalidad y reputación; sus escuelas,

tendencias, frivolidades; sus continuos altibajos, aclamaciones y rechazos. Los poetas pueden contribuir a este ruido tanto como los críticos y periodistas. Sin embargo, si este mismo ruido los ensordece, cualquier verso que escriban será literatura en el mejor de los casos; y sus genuinos lectores, no aquellos que leen por curiosidad o vanidad, estarán conscientes de ello, porque esos lectores han emprendido, también, la búsqueda de un lenguaje que corra riesgos, de un lenguaje inmediato y urgente que no necesariamente revele de dónde viene o hacia dónde va. Mientras existan tales poetas y lectores, la poesía sobrevivirá.

Traducción de Juan Carlos Ibarra

LA POESÍA: PALABRA DEL SILENCIO

por Edmond Jabès

ME GUSTARÍA SOMETER a ustedes algunas breves reflexiones que, más que respuestas a preguntas distintas, precisas, son el tímido intento de cernir lo que, en nuestra preocupación de exactitud y apoyándonos sobre algunos criterios cómodos, aunque a menudo infundados, nos hemos acostumbrado a designar con el nombre de *prosa* y el de *poesía*.

¿Habría, en la escritura como en la vida, momentos privilegiados con relación a otros? En ese caso, podríamos definir la poesía como uno de esos momentos, si no temiéramos inquietar a la prosa, relegándola a un rango inferior.

Menos sospechosa que fluctuante sería, quizás, la frontera entre prosa y poesía. ¿Y si esta frontera no fuese sino la oscilación de la palabra de una a la otra; del umbral al umbral, pasaje de la escritura a la escritura del tiempo, la distancia abolida?

Aquí están esas notas...

La poesía no es lo contrario de la prosa. Si comparo una página de escritura con un jardín, tendré, en un principio, tendencia a ver, en la rosa la misma imagen del poema: pero sería un grave error.

La poesía es la enemiga de la apariencia. Es pertenencia inmemorial. Más bien, del jardín sería la tierra fecunda, húmeda — esta milagrosa humedad del suelo en sus profundidades. Podría ser, también, savia y raíces.

La poesía funda nuestra relación con el mundo. Por eso, al contemplar la rosa, en un momento dado ya no la vemos a ella sino a otra flor que, aunque

ha conservado su nombre de rosa, nos interpela como flor del secreto; secreto en flor, rosa imaginaria, que deja libre curso a nuestra imaginación.

Y sin embargo, la poesía apela más que a la imaginación, a nuestra insospechada facultad de ver y de oír.

Es, en lo *creado*, lo que se crea, a medida que eso *creado* nos solicita y nos subyuga.

Es fascinación de un increado; lo informe de donde nacerá la forma, un increado que, poco a poco, se convertirá en nuestra creación.

¿Llegará a habitarlos la poesía? En ese caso, estaríamos autorizados a preguntarnos si existe, en nosotros, como tal, o bien si no es, simplemente, la capacidad que tendríamos — capacidad del poeta — de expresarnos plenamente; si no está en esta plenitud de la expresión que habríamos alcanzado con nuestros propios medios; si no es, por último, una extraordinaria experiencia del lenguaje.

Sólo habría, pues, poesía porque hay poetas — como sólo hay amor porque hay enamorados.

Pero si es el objeto de nuestro interés — ser o cosa — quien provoca en nosotros el deseo — ¿qué sería un deseo sin objeto? — eso quiere decir que sólo de él proviene nuestra facultad de poner en palabras lo que hemos recibido en reciprocidad de dones; ¿de ponerlos, a nuestra vez, en palabras?

Escribir sería, en esta hipótesis, *despertar*.

No hay límites a lo escrito que no sean límites del escritor.

limitada, la forma se asfixia en sus límites. ¿Pero qué es una forma que ha perdido sus contornos?

Si el objeto, la palabra existen, es porque pueden ser circunscritos.

¿De dónde viene, entonces, que a menudo se nos escapen?

Sólo buscamos la recalada que hacemos y a la que nos resignamos.

¿Diríamos que este insuficiente acercamiento es el punto de partida de una aventura de la forma que consistiría, para ella, en hundirse en su noche hasta donde es todavía ella misma, siendo apenas deseo compartido: participación de un deseo insatisfecho en el cual nos reuniríamos?

Lo increado precede a la creación, pero estando siempre por crear, a la vez lo sucede.

El poema es, quizás, lo que la escritura *puede* y *ama*.

¿Pero alguna vez sabremos todo lo que ella quiere? Ella quiere más de lo que puede, en ese "más" se inscribe el pasaje de la prosa a la poesía.

La escritura sólo se enfrenta a la escritura.

Océano. Océano.

Poner en acto la propia vida es, ya, abrirse a la poesía.

Todo hombre de acción es, sin saberlo, un poeta, porque la poesía que es, en sí, exceso de todo exceso, eterno comienzo de todo comienzo, da un sentido a la acción, su sentido último, el que tiene para nosotros la creación.

Las palabras del poema pertenecen al gesto de escribir; gesto que tiene sobre ellas, tanto como sobre el poeta, poder de vida y muerte.

¿Puede pensarse, en su imprevisible despliegue, una existencia?

Toda existencia es pensamiento de eternidad vivida en su adquirida cotidianidad.

Lucidez del día.

La poesía piensa, *se piensa* en el interior de la poesía; en lo más intenso de su debilidad, a la que nos arrastra.

Habría pues un pensamiento propio de la poesía. ¿Por qué asombrarnos? ¿No hay una lógica propia de la poesía? ¿Lógica que trastorna a la lógica, volviéndola a cuestionar en sus bases mismas?

Todo libro de poesía es un libro de razón.

Lengua de fuente, fuente de la lengua, lenguaje del lenguaje, prendado no de sí mismo sino del universo que contiene, la poesía no podría ser disociada de la prosa ya que *ella es su infinito*.

Lo que la poesía quiere no difiere mucho de lo que quiere el vulgar guijarro: volverse transparente, no ser más que cristal, universo cristalino.

Es, unas veces, la conmoción del agua, causada por la caída de una pie-

dra insólita y, otras, claridad del agua, herida en su limpidez.

¿Y si debiera su realidad a esta herida? ¿Y si esta herida fuera la de la primera palabra?

Nacimiento. Esperanza de una vida. La escritura tiene sus rellanos, sus diferentes niveles de plenitud.

Escribir sería, quizás, escalarlos. La palabra soberana es palabra del desierto. Palabra del silencio. Es advenimiento de verdad, en medio de nuestras palabras pulverizadas.

Arena. Arena. Hay un secreto que no es el misterio sino lo que se calla en cada vocablo vuelto hacia lo desconocido.

Secreto de las palabras que han de venir. Paciencia de los mañanas desarmados.

¿Y si el misterio fuese la evidencia? Quedaría por interrogarla.

Me referiré de inmediato — y eso podría servirnos de ejemplo — a los grandes textos de la tradición judía.

Como el poema, el texto judío es el fruto de una lógica creadora de la cual es el único en beneficiarse.

Lógica que desafía a la lógica, incorporándola allí donde se hunde y porque la evidencia crea problema.

La pregunta es la siguiente: "¿Y si lo que es no fuese?" ¿Y si lo que es, fuese todavía otra cosa que probaría la existencia de lo que es, anulándolo y renovándolo?

Pasar por la negación para encontrar la afirmación primera — pero después de haberle hecho sufrir toda clase de transformaciones, habiéndola probado al extremo.

La lógica de los grandes pensadores judíos es, en su especificidad, cercana a la de los poetas.

Preguntas y comentarios judíos son también interrogaciones y meditaciones de escritor.

Se diferencian, sin embargo, en un punto: la lógica del poeta, partiendo de lo que él adivina, percibe, oye por instinto en sí y alrededor de sí; la del pensador judío, de su voluntad de llegar, en la lectura que él hace, más allá del texto divino, sabiendo, pertinentemente, que este más allá es todavía un más acá.

El humor judío ha nacido de esta lógica que, en sus momentos de tregua, de distracción, hace oscilar la lógica — o lo que consideramos tal, generalmente en forma equivocada — en el absurdo.

El humor no es lo cómico. No existe en realidad lo cómico judío.

Dentro de esta perspectiva podríamos quizás deducir que el humor es poesía y lo cómico prosa, pero eso sería ir demasiado lejos. La comparación, sin embargo, en su excesivo resumen, sigue siendo, creo, válida en parte.

Todo sucede entre la afirmación: "Es eso" y la comprensible duda que despierta: "¿Y si no fuera eso?"; entre

la objetiva — ¿pero qué es la objetividad? — comprobación y la perversa duda.

Campo inmenso de exploración del universo, del hombre y de las cosas, donde lo maravilloso bordea lo pálido diario; donde la presencia se mide por la ausencia y el dolor por la alegría.

¿Y si el secreto de la poesía fuese su escondida parte sagrada?

Más de una vez me ha sucedido abordar el *Talmud* o los libros de la *Cábala* como grandes textos de iniciación a la poesía, al secreto.

Dios, antes del hombre, ¿pensó el mundo en poeta? Su palabra es creación.

El universo, en ese caso, no sería sino su poema.

Legible eternidad. Perennidad de lo legible. Eternidad del libro.

Leído en el Festival de Poesía de Florencia, 1986.

Traducción de Ida Vitale

POESÍA, RAZÓN Y MISTERIO

por Mario Luzi

UN PENSAMIENTO DE Leopardi asegura que la pura razón no mezclada con otra cosa conduciría al hombre a la locura. Puede pensarse que al decir esto tenía en mente los desastres del triunfante racionalismo científico y en el corazón las "Fábulas antiguas" o bien la imaginativa añoranza de épocas dominadas por la fuerza y la dulzura mitopoiética del hombre.

Creo que este pensamiento de Leopardi puede ser asumido como verdad profunda y fundamental. Personalmente lo encuentro de una simplicidad y de una sabiduría digna de aquellos filósofos luminosos anteriores a la filosofía. El pensamiento leopardiano sigue siendo inatacable; el fondo sobre el que se destaca su enunciado, en cambio, ha variado mucho. La oposición que un espíritu lúcido e impávido como el suyo podía registrar en su época, entre la racionalidad metódica y finalista de la mente moderna, y una razón más íntegra y más misericordiosa que las alógicas pero vitales y esenciales demandas de la naturaleza humana... es decir, el contraste reconocido por él entre el mito de la omnipotencia científica y el estado íntimamente mítico en el cual la humanidad se había exhalado en dramas y con armonía sin traicionarse: esa oposición, ese contraste no tienen hoy la misma consistencia, incluso resultan cada vez menos comprensivos para nuestra conciencia. Se han derrumbado quizás los términos concretos y quizás también hasta las denominaciones de lo que con palabra patristica y cristiana *tout court* se podría llamar agonía. ¿Qué patrimonio preciso de sentidos y significados circunscribe hoy la palabra *razón*? ¿Cuál es hoy el puesto de la palabra *misterio* en el vocabulario lexicográfico y en el

filosófico de nuestros días?

El tema propuesto por esta comisión representa precisamente estos conceptos, nombra lealmente estas nociones o presunciones, relegados durante muchos años y que ahora afloran en una nueva luz, por imposición del estado actual de la crisis y de la actividad especulativa.

Sea cual fuere la orientación de las reflexiones que surjan durante los trabajos no dejará de salir a la luz este preliminar de la mayor importancia: que las nociones de *razón* y de *misterio* no actúan ahora en contra una de la otra ni se disputan el espacio de sus respectivas jurisdicciones. El orgullo y la suficiencia, unidos a los innegables méritos de fe científica positiva que tuvieron los que se consideran los cerebros privilegiados del siglo dieciocho, tendieron a devaluar el misterio por ver en él sobre todo una desmedida reserva de esa ignorancia en la que florece la superstición; y usaban toda su energía en arrancarlo de las provincias como a un imperio enemigo. Razón y misterio eran dos polaridades antitéticas en permanente conflicto. La batalla de la ciencia se libraba para restringir el territorio del misterio y aún más para demoler la *forma mentis* que le era homogénea y que, herida, se recomponía después de los golpes, absorbiendo las laceraciones producidas. El protagonista confeso era aquella especie de protomaterialismo que hoy nos parece tan lejano como para que ya hace algunos años se pudiera concebir y llevar a cabo en Lovaina un encuentro con el título *Matie et mystere*.

En efecto, la ciencia actual es y acepta ser una multiplicadora del misterio, al mismo tiempo que amplía la frontera de lo conocido, al acumular conoci-

mientos y datos. La frontera de lo conocido, desplazándose misteriosamente hacia adelante, no limita el espacio de lo cognoscible, quiero decir de lo que todavía permanece no conocido. La ciencia no rechaza la noción de misterio, más bien me parece que tiende a incluirla. Lo mismo hace la razón cuando logra alejarse del abuso de la racionalidad, predominantemente utilitaria en la historia de Occidente.

¿Han cambiado, pues, los términos de la contienda o ha cambiado tan solo la acepción de cada uno de estos términos? La historia de las palabras es, por otra parte, la historia interna de las transformaciones sustanciales que el orden conceptual a menudo tarda mucho en registrar.

No es el momento —no me corresponde, aun si fuese capaz de ello— de anticipar ninguna conclusión. Me limito a observar que si el misterio retorna de su ostracismo filosófico a la cultura actual como una dimensión propia y profunda de la relación entre el hombre y el todo, entre el hombre y sí mismo, y si su parte de propuesta negativa e inconciliable con el discurso de la búsqueda es finita, nos queda preguntarnos cuál es el verdadero significado de su reaparición en lo íntimo de nuestra especulación. ¿Misterio es para nosotros el lugar donde se refugian nuestras derrotas y se resarcen nuestras impotencias o es el lugar del que provienen mensajes, aquellos mensajes que nutren a la mente como tales o que invitan a la razón a superarse, a impulsarse más allá y en otra parte la línea de su racionalidad? Desde el mo-

mento en que, como es sabido, *racional* es un término variable y muy relativo, amén de restrictivo con respecto a la razón, a la razón de ser; y *locura* lo es también, de acuerdo a la accidental fortuna que sigue el recorrido de los vocablos en cruzadas direcciones, testimoniando, como he dicho, los cambios latentes en nuestra mentalidad histórica y civil.

En la confluencia de estas móviles y cambiantes perspectivas de la mente humana está la poesía, también cambiante y siempre igual a su principio.

¿Está para legislar, decidir, ordenar? ¿O está para interpretar una inagotable e interminable fatiga de metamorfosis a las que el mundo de la naturaleza está sometido o llamado, siendo la historia a su vez, tan solo un instrumento? No lo sé y si presumiese de saberlo tampoco lo diría, ya que es tiempo de dejarle la palabra a Chourraqui, que entrará en el tema. Pero concentremos primero por un momento en el recuerdo de Borges; será también esta una manera de enfrentar el asunto, puesto que en la obra del gran argentino aparecen de manera intrínseca y consustancial este tipo de interrogaciones y de problemas. No en balde él hubiera debido abrir con su ponencia nuestro trabajo.

Leído en el festival de Poesía de Florencia, 1986.

Traducción de Ida Vitale

PRELUDIO: LOS SIGNOS INSUMISOS*

por Saúl Yurkievich

*Prefacio al libro *Literatura latinoamericana: trazas y trayectos, que próximamente publicará la editorial Gallimard en su colección FOLIO / Essais.*

NO NECESITO PROBAR la existencia de la literatura latinoamericana. Esa entidad, identificable como conjunto orgánico con propia cohesión, suscita y reúne los estudios que componen este libro. Nuestra literatura, encrucijada sincrética de textos de distinta proveniencia, producto de una larga hibridación cultural que aclimata a su lengua y temperamento aportes de muchos otros mundos, tiene su contextura peculiar, su centro de absorción y de emisión característico. Tiene sus referentes genuinos, sus modos de representación, su registro, su voz ya distingui-

bles dentro de la vasta textualidad contemporánea. Energía amalgamadora, la literatura latinoamericana ya no es un agrupamiento fortuito, no es una coexistencia sin interrelación maquinada por el historiador más por razón heurística que por razón de hecho, no es una confluencia convenida sólo por la crítica que se apresura a constelar astros dispersos. Es una correspondencia activa y reactiva entre los emisores y los receptores de estos mensajes representativos de sus formas de vida y de expresión. Tesitura polimora y polifónica que tantos libros incesantemente urden, espectro supranacional, ente categorial instituido por encima de la materialidad de los signos como afectación genérica, cámara de ecos, juego de espejos que desdoblan y multiplican una identidad cuanto más bus-

cada más evasiva, desde fuera y desde dentro de nuestro contexto, todos la consideran conjunto integrador.

En su pululante pluralidad, juzgo a la literatura latinoamericana una e indivisa. No puede subdividirse en literaturas nacionales porque la historia y la geografía estéticas nunca coinciden con la historia y la geografía políticas. Tampoco las realidades lingüísticas se dejan circunscribir por los confinamientos nacionales. La literatura latinoamericana funciona como cuerpo por la similitud genética y por la relativa unidad idiomática del continente. Dentro de la literatura mundial, no hay otro caso semejante de cohesión a escala continental. El carácter multilingüe y la heterogeneidad étnica de otros continentes impiden aplicar con pertinencia nociones como las de literatura europea o asiática (menos aún puede hablarse con propiedad de literatura africana u oceánica); tales generalizaciones resultan inconducentes por demasiado difusas.

Por su filiación lingüística, la literatura hispanoamericana es una rama del antiguo tronco español. Pero la convergencia original va convirtiéndose en progresiva divergencia. Así como se produce una creciente e irreversible americanización del castellano (o del portugués) trasplantado al Nuevo Mundo, la literatura acentúa su diferencia; esa diferencia la constituye como literatura autónoma. "Los escritores hispanoamericanos han cambiado al castellano y ese cambio es, precisamente, la literatura hispanoamericana", estima Octavio Paz. Entidad transgresiva, manifiestamente excéntrica con respecto a la antigua metrópoli, hay demasiada disparidad entre la lengua madre y sus hijas. No se trata sólo de rasgos muy distintivos del español de América como el voseo empleado por Julio Cortázar, no se trata sólo de peculiares giros sintácticos, de la enorme diversificación léxica, de distinta elocución; se trata también de todo lo que la lengua refleja, de todo lo que conlleva del ámbito donde se habla. Se trata de otra semántica.

En los escritores aquí convocados, el uso de las hablas regionales está atenuado, particularmente en los poetas. Sin deliberado propósito de localización lingüística, todos ellos emplean su propio hispanoamericanismo. Implantados en la placenta de la palabra matriz, todos ellos escriben a partir de la lengua natal, espejo de otra historia, de otro medio, de otra mentalidad, de otra experiencia del mundo. Esa otredad condiciona una visión, una percepción y una expresión distintas de la ibérica.

Este volumen aborda solamente nuestra modernidad. Su armadura quie-

re concertar una proporcionada alternancia entre ensayos generales que abarcan movimientos literarios —el modernismo y la primera vanguardia—, considerados como paradigmas de época, o la obra entera de un autor cardinal, y ensayos particulares que interpretan sus libros clave. La progresión de estas trazas textuales inscribe un trayecto histórico. Comienza con esa encrucijada finisecular que fue el modernismo, amalgama muy americana que todo lo acopia y absorbe, desde Heliogábalo hasta el wagon-lit, pasando por el clavicordio pompadour, desde el hexámetro dactílico hasta el poema en prosa, desde la fiesta galante hasta el fervor maquinista. Rubén Darío, su adalid —“y muy siglo diez y ocho, y muy antiguo/ y muy moderno, audaz, cosmopolita”—, adopta y adapta toda literatura, toda prosodia prestigiosa que puedan acordar a la nuestra el atesoramiento cultural, el despliegue formal y la capacidad de asimilación necesarios para poder equipararse con las otras que le sirven de parangón: la francesa (sobre todo), la inglesa y la norteamericana.

El modernismo produce la primera concordancia estética verdaderamente continental, sincronía e internacionalización efectivas. Coexistiendo con la torre de marfil, el dandismo y la hiperestesia, con la delicuescencia y la sofisticación crepusculares, con lo exótico y lo esotérico, con la parodia y la mascarada, el modernismo registra todos los síntomas de la naciente revolución industrial. También se propone una poesía que tenga el temple y el nervio de un tiempo de rupturas renovadoras; quiere participar del nuevo vértigo mundial.

El modernismo incubó los gérmenes de la primera vanguardia. Ella comienza, como en Europa, en la segunda década del siglo veinte. Principia con Vicente Huidobro, quien se instala, a partir de 1916, en el seno de la vanguardia parisina. Cuatro libros determinantes modelan a la nuestra: *Ecuatorial* (1918) y *Altazor* (1931) de Vicente Huidobro, *Trilce* (1918) de César Vallejo y *Residencia en la tierra* (1935) de Pablo Neruda. De los cuatro me ocupó aquí apropiadamente. Si Vallejo aglomera convulsivamente la antitradición futurista con lo indohispánico ancestral, implantándolos en la matriz de la lengua coloquial, si en Vallejo el mestizaje cultural resulta inherente a su experiencia tanto vital como poética, nuestra vanguardia escribe no en función de programas estéticos locales sino del estado mundial de la literatura; escribe como parte activa de un proceso internacional de transformaciones radicales y generalizadas. No sólo persigue la revolución artística; también la mental, la social y la técnica. En “Los avatares de la vanguardia” intento

caracterizar globalmente ese alborotado embrollo, esa prolífica, esa estrepitosa agitación que se reconoce como vanguardia artística. Intento cernir su contexto generador, discernir su bagaje nocional, dar cuenta de sus preceptivas y de sus instrumentaciones textuales. Distingo una vanguardia exultante y una vanguardia atribulada. La una, modernólatra, la de los manifiestos imperiosos, subversivos, asume el programa de la era industrial. Preconiza y practica el cambio continuo basado en la experimentación, el simultaneísmo cinematográfico, la mutabilidad formal, la multiplicidad focal, la movilidad relacional. A esta vanguardia eufórica y ofensiva corresponden el creacionismo de Huidobro y el ultraísmo del primer Borges. Después viene la otra, la disfórica, la del desamparo existencial en la tierra baldía, la de las heterogeneidades inconciliables, la de la estética de lo inacabado, lo disonante, lo discontinuo y lo fragmentario, la de la vida fraccionada, la de las cuatro conciencias en pugna de *Trilce*, la de la visión desintegradora y el ensimismamiento alucinado de *Residencia en la tierra*, la de la anti-forma y la contracultura, la del descuyntamiento del texto por el flujo de la potencia pulsional de *Altazor*.

Entre los dos mojoneros temporales, modernismo y vanguardia, este libro traza, a través de los escritores que considero más importantes, mis imanes, una trayectoria cronológica. Propone una figura que a todos los incorpora y los liga. Todos ellos marcan notoriamente el camino, impulsan esa marcha colectiva que los aúna: la literatura latinoamericana. Estos prominentes propulsores están aquí simétricamente dispuestos y correlacionados para hacer ostensible la configuración que en conjunto conforman. No se trata de un manual panorámico. Algunos autores dignos de inclusión faltan porque su obra no fue todavía traducida al francés, otros porque escapan a mi órbita de interés, no ejercen sobre mí suficiente fascinación.

Crítica hedónica la mía, parte de la lectura concupiscente; es la potencia apetitiva la que moviliza la interrogación en torno del texto deseado; es la seducción la que pone en funcionamiento la exégesis. Me sitúo ante los textos no sólo en posición de analista; me sitúo integralmente implicado en tanto crítico y escritor, o mejor dicho en tanto escritor que ejerce su entendimiento crítico para comprender las escrituras que sustentan e incitan la suya. Mi respuesta exploratoria remite al orden de una hermenéutica específicamente literaria. Y ella se enuncia literariamente como discurso cognoscitivo; adopta la forma del ensayo. En el

área de mi lengua, reconozco dos modelos de prosa reflexiva, dos modelos de *doxa* ensayística: Jorge Luis Borges y Octavio Paz.

Los estudios aquí reunidos buscan la más rica formulación gnoseológica, riqueza que incluye imaginación y expresividad mancomunadas con la estimativa en el acto de interpretar la provocadora y plurívoca polifonía de los signos literarios. Mi ejercicio crítico ha atravesado los campos teóricos y metodológicos en boga durante más de dos décadas. Seguramente quedan en mis escritos huellas palpables de tales pasajes. He experimentado el contagio y el deslinde. He procedido a mi propia crítica de la razón lingüística, la razón semiótica, la razón sociológica, la razón histórica. Desconfío de las sistemáticas, de las sumas categóricas que pretenden imponer vías hegemónicas. La polivalente labilidad de lo poético concita lecturas multidireccionales a múltiples niveles en variable correspondencia. Rechazo toda hiperdeterminación metodológica que redunde en exceso de determinación semántica. Niego todo monopolio analítico de la significación literaria cuya complejidad, cuya sinuosidad, cuya virtualidad escapan al cerco de cualquier voluntad disciplinaria. Reacciono contra las formalizaciones esquemáticas (la descarnada vis geométrica), contra esa ingenuidad epistemológica que postula una ciencia de la literatura, contra la noción estática de estructura, contra la taxonomía retórica, contra las descriptivas reglamentarias y abstrusas. Compruebo su inoperancia frente a los mensajes artísticos, su incapacidad para dar cuenta de la inherencia estética. En literatura hay sólo razón relativa. Porque gran parte de su signica opera fuera de razón, no puede haber racionalidad analítica enteramente satisfactoria.

Las metodologías muy celosas de su coherencia interna no saben plegarse a las exigencias del objeto de análisis; buscan objetos que les permitan aplicar sin trabas sus instrumentaciones autosuficientes, centripetas (tan auto-tético el método como su objeto de apli-



cación). Estas maquinaciones dejan fuera de su operatividad lo escurridizo y mudable del poema, el potencial connotativo, la estereografía de una escritura creativa que no tolera ni fijeza ni límite. Antes de representación simbólica, los signos aquí manipulados, aquí esclarecidos en una especulación, un espejo donde hay más espectros que mundo (mundo espectral), tienen que ver con lo personal transido de subjetividad pre y translingüística, con el mensaje subliminal, con lo desatinado, lo delirante, lo fantástico y fantasmático. Estos signos tienen su propia puesta en escena, su especial efectación. Requieren una aprehensión sensible y un tratamiento sutil, apropiado a figuraciones que no admiten la mera traducción referencial, a sentidos trágicos y a formas semantizadas que no se dejan conceptualizar.

Creo que el texto literario, donde el sentido está llevado al máximo de potencialidad, de admisibilidad, de com-

patibilidad, dicta sus claves de interpretación, señala sus accesos. Creo en la pluralidad exegética, en una hermenéutica pluridisciplinaria, en una crítica mimética, cómplice de su objeto de desciframiento, participante, infionada de literatura. No postulo ni rigor positivista ni objetividad neutralidad en relación con la obra de arte verbal. Ella se presenta como mundo figurado, como figuración transaccional, como recorte configurador que suspende la imagen, la aparta, la coloca en su teatro ilusorio sujeto a convenciones que presuponen una mediación preceptiva y un condicionamiento perceptivo. Ante esa comunicación figurativa, por la ficción personalizada, por transferencia intersubjetiva, más que en un distanciamiento examinador, creo en una penetración fecundante —lúcida y lúcida— entre obra e intérprete.

nos puede funcionar en Cuba, ni abierta ni clandestinamente. Los cubanos no tienen derecho a salir de su país y aquellos que lo hacen no pueden regresar; no existe un poder judicial independiente, y no hay en Cuba ninguna otra institución capaz de limitar el ejercicio arbitrario del poder por parte del gobierno y de su cabeza, Fidel Castro.

A pesar de sus terribles antecedentes, Cuba nunca ha ocupado un lugar preminente en el interés de la mayoría de las personas y organizaciones que promueven activamente los derechos humanos. Esto no significa que haya sido ignorada. La mayor y más importante organización en el campo de los derechos humanos, Amnistía Internacional, ha seguido la evolución de los acontecimientos en Cuba empleando los mismos criterios utilizados con otros países y ha organizado campañas a favor de determinados prisioneros ideológicos de Cuba. Un organismo intergubernamental, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la Organización de los Estados Americanos (OEA), ha publicado diversos y valiosos estudios sobre los abusos cometidos contra los derechos humanos en Cuba. La organización a la cual pertenezco, Americas Watch, agrupación de más reciente fundación, publicó su primer reporte sobre Cuba en 1983, dos años después de su institución, y acaba de publicar otro reporte más sustancioso. El PEN club de los Estados Unidos y de otros países ha organizado campañas a favor de escritores cubanos encarcelados. Sin embargo, en vista de la gravedad de los abusos cometidos en Cuba, de su proximidad con los Estados Unidos, de la presencia en este país de una gran comunidad de exiliados y de su accesibilidad lingüística —factores que suelen determinar la magnitud de la actividad en torno a los derechos humanos— los esfuerzos emprendidos por los activistas parecen de algún modo escasos.

Existen por supuesto quienes argumentan que la relativa exiguidad de la actividad enfocada a los derechos humanos en Cuba refleja prejuicios izquierdistas. Esta argumentación me parece válida en parte, pero también demasiado simplista, y puede contribuir más a oscurecer los motivos de la poca atención prestada a Cuba que a explicarla.

En mi opinión, la razón principal por la que los activistas de los derechos humanos han prestado poca atención a Cuba es histórica. Hasta finales de los setenta los esfuerzos por promover internacionalmente los derechos humanos no constituyeron un movimiento significativo en los Estados Unidos y en otros países. En América Latina, la de

LAS VÍCTIMAS DE CASTRO

Aryeh Neier

Aryeh Neier es vicepresidente del Helsinki Watch Committee y del Americas Watch Committee, que abogó en contra de la ayuda norteamericana a la contrarrevolución nicaragüense con el informe "Los derechos humanos en Nicaragua" (junio de 1985).

ALGUNOS HECHOS SOBRE los abusos contra los derechos humanos en Cuba son evidentes. Desde que Fidel Castro tomó el poder en 1959, Cuba ha mantenido recluido, por períodos más largos que ningún otro país, a un gran número de prisioneros políticos. Nadie fuera de Cuba sabe cuántos; el mismo Fidel Castro ha declarado públicamente que en una época hubo hasta 15 mil y, según se sabe, informó a uno de sus biógrafos que eran 20 mil. Muchos de estos prisioneros han permanecido confinados por largos períodos y bajo circunstancias crueles y degradantes; a algunos se les prohibió recibir visitas por varios años. Cualquier forma de juicio justo les fue negada.

Miles de prisioneros políticos fueron ejecutados durante la primera década de Castro. Aún hoy, muchos años después de que Castro ha consolidado su control y suprimido todo intento de derrocamiento violento, más de 100 hombres de edad madura o avanzada permanecen en prisión desde los albores de la revolución cubana, muchos de ellos por haber desafiado a Castro o por

disentir con él acerca del curso de la revolución. En años más recientes, varios disidentes han sido sentenciados a largos períodos de reclusión por delitos como hacer caricaturas difamatorias de los hombres en el poder, enviar a líderes extranjeros cartas en que critican a la revolución, o poseer "propaganda subversiva", calificación que puede recibir el manuscrito personal de un autor.

Según el criterio internacionalmente aceptado, el encarcelamiento prolongado de gran número de personas por disentimiento pacífico y la ejecución de otras miles a partir de juicios carentes de toda imparcialidad, son grandes abusos en contra de los derechos humanos. Es decir, abusos que violan todas las normas civilizadas acordadas entre las naciones a partir de la Segunda Guerra Mundial. Según todo criterio internacionalmente establecido y aceptado durante las últimas cuatro décadas, Cuba merece una severa condena por los abusos que ha cometido en contra de los derechos humanos.

Por añadidura, Cuba niega sistemáticamente las libertades civiles; las libertades de expresión y asociación son desconocidas; no existen revistas, periódicos ni radiodifusoras de oposición; no hay sindicatos independientes ni asociaciones profesionales; las iglesias no constituyen un foro de disenso; ninguna organización para defender o al menos vigilar los derechos huma-

los setenta fue una década terrible, marcada por decenas de miles de asesinatos, desapariciones y el uso común de la tortura en múltiples dictaduras de derecha: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, El Salvador, Guatemala, Haití, Paraguay y Uruguay; y la muerte de cuarenta a cincuenta mil personas en la insurrección de Nicaragua, la mayoría víctima de los ataques somocistas contra la población civil. Llamar la atención sobre esta matanza y tratar de frenarla fueron preocupaciones urgentes. La mayoría de los activistas de los derechos humanos vieron poco sentido en dedicar sus esfuerzos a Cuba: la mayor parte de las ejecuciones había ocurrido en la década anterior y tanto los escuadrones de la muerte como los desaparecidos políticos, además, no eran tan sangrientos como los provenientes de los centros de tortura en otras regiones de Latinoamérica, e incluso el número de presos políticos llegó, en cierto momento, a disminuir, especialmente durante el período de calma que caracterizó las relaciones de Cuba con los Estados Unidos durante el gobierno de Carter.

Por otra parte, para algunos activistas de los derechos humanos concentrarse en los abusos cometidos en Cuba parecía no sólo fuera de lugar, sino incluso peligroso. La acusación más frecuentemente usada contra las víctimas en otros lugares del hemisferio era la de ser agentes de Cuba. Las denuncias contra Cuba, por un absurdo giro de la lógica política, eran posiblemente consideradas por algunos como un apoyo a la causa de los opresores. A principios de los ochenta, los activistas estadounidenses comprometidos con América Latina estaban preocupados principalmente por la ola de abusos que asolaba a El Salvador y, en mucho menor grado, por una carnicería similar en Guatemala. (Guatemala llamó menos la atención debido a que los Estados Unidos tuvieron una menor participación en su historia reciente ya que resultaba mucho más complejo reunir informes fidedignos sobre los acontecimientos; varias grandes ma-

sacres de Guatemala no fueron reportadas por la prensa norteamericana.) Hoy, en la segunda mitad de esta década, la intensa atención que el gobierno de Reagan ha puesto sobre Nicaragua ha desviado las miradas hacia los abusos cometidos tanto por el gobierno sandinista como por los "contras" que intentan derrocarlo. Cuba, en donde poco ha cambiado, a excepción de la libertad concedida a algunos presos políticos, continúa atrayendo poca atención.

Pero hay además otras razones: la identificación de algunos exiliados cubanos con las causas de la extrema derecha y con delitos tan escandalosos como el allanamiento de Watergate y los asesinatos de Orlando Letelier y Ronni Moffitt en Washington en 1976, hechos que coincidieron con el aumento de la actividad en favor de los derechos humanos, obligó seguramente a que algunos activistas rehusaran asociarse con la causa anticastrista. Sin duda, además, algunos activistas esforzados en defender los derechos humanos en otros países son izquierdistas comprometidos que rehusarían criticar a la Cuba "socialista". Algunos siguen aún embaucados por la mística del revolucionario romántico, Fidel Castro; otros argumentan que los logros proclamados por Cuba en lo que respecta a salud, nutrición y alfabetización deben ser ponderados en relación con los abusos a los derechos civiles y políticos; otros más consideran que los esfuerzos de los norteamericanos por promover internacionalmente los derechos humanos deben ser dirigidos sólo a aquellos países beneficiarios del apoyo militar, económico o diplomático de los Estados Unidos; hay quienes creen que los norteamericanos tenemos las manos sucias en lo que respecta a Cuba ya que apoyamos a Batista, tratamos de derrocar a Castro y aún involucramos a la mafia con la CIA, en un intento de asesinarlo. Otros más ignoran la magnitud de los abusos per-

petrados contra los derechos humanos en Cuba. Sospecho que muchas personas caben en más de una de estas categorías. Hay que considerar, además, la negativa de Cuba de permitir que cualquier grupo o persona conduzca en su territorio una investigación sobre derechos humanos.²

Algunas organizaciones que trabajan en favor de los derechos humanos han optado por enviar misiones de investigación, publicar reportes y basar sus campañas en éstos. En el caso de Cuba, al enfrentarse con la imposibilidad de seguir este sistema, los grupos a favor de los derechos humanos han tenido dificultades para diseñar un método para lanzar campañas contra los abusos cometidos en ese país. El hecho de que los Estados Unidos impongan restricciones a sus ciudadanos para viajar a Cuba complica aún más la cuestión.

Quienes con mayor vehemencia denuncian a los activistas de los derechos humanos por no ocuparse de Cuba, como Jeane Kirkpatrick y Elliott Abrams, pueden contribuir al problema que censuran. La manera en que plantean sus argumentos sugiere que su propósito es despreciar la importancia de los abusos cometidos en otras regiones o arremeter contra los grupos que luchan por los derechos humanos en vez de promoverlos en Cuba.

El discurso pronunciado por Jeane Kirkpatrick el 8 de diciembre de 1983 ante el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas es característico de esta actitud. Chile estaba en la agenda, pero Kirkpatrick decidió atacar la preocupación de la ONU por este país proclamando que la situación en Cuba era peor, pues "mantiene un mayor número de presos políticos en sus cárceles." Si bien esto era cierto, a cualquiera que hubiera querido responder le habría bastado señalar que la mayoría de los presos políticos de Chile fueron sometidos a torturas físicas extremas, y no así los de Cuba. Lo que debe aclararse, en todo caso, es que los abusos en contra de los derechos humanos son distintos en ambos países y no pueden considerarse del mismo modo con resultados provechosos. Cuba debe ser denunciada por sus propias culpas, no porque éstas sean mayores o menores que las de Chile.

Con una intención similar, Elliott Abrams pronunció el 23 de agosto de 1984 un discurso ante la Fundación Nacional Cubano-Americana: "Cuba a los ojos de Occidente: rojos vistos a través de lentes color de rosa." Abrams dijo a su auditorio que "muchos de los activistas de los derechos humanos, periodistas y aun sacerdotes, son sencillamente los pacifistas del pasado



bajo un atuendo más decoroso" y acusó a aquellos que llaman la atención hacia los abusos cometidos por los aliados de los Estados Unidos, en lugar de hacerlo sobre los abusos perpetrados por Cuba y su "implacable antinorteamericanismo".

Que Jeane Kirkpatrick y Elliott Abrams utilicen el tema de los abusos a los derechos humanos en Cuba para contraponer esfuerzos o impugnar a quienes luchan por los derechos humanos en otras partes del mundo, no es, sin embargo, una buena razón para ignorar el terrible sufrimiento que el gobierno de Castro ha infligido a sus disidentes. A pesar de lo que haga o diga el señor Abrams, resulta obvio que los involucrados en los derechos humanos deben hacer todo lo que esté de su parte para denunciar dicho trato y auxiliar a quienes lo padecen.

Un caso entre muchos puede escogerse para ilustrar el carácter cruel y vengativo del gobierno de Castro: el de Edmundo López Castillo, escritor y ex-diplomático cubano ante la Unión Soviética, quien fue sentenciado a prisión en 1968 por sus ligas con "La Microfacción", un grupo opositor de marxistas ortodoxos. En 1980, mientras permanecía encarcelado, fue sentenciado a otros ocho años por escribir poemas y ensayos a favor de los derechos humanos en Cuba. Cuando, en un viaje a La Habana el otoño pasado, un grupo de visitantes norteamericanos expuso el caso de López ante las autoridades cubanas, se les informó que esta nueva sentencia le fue impuesta por difamar en sus dibujos a funcionarios gubernamentales y por desacreditar a la revolución en cartas dirigidas a líderes extranjeros. Según algunos reportes, López podrá ser puesto en libertad en 1988, antes de terminar su sentencia, ya que una enfermedad lo ha dejado casi ciego y se aproxima a los sesenta años de edad.

Durante años, cientos, tal vez miles de quienes están confinados en las prisiones políticas de Cuba han sido condenados por el solo hecho de tratar de salir del país sin permiso. Uno de los que en la actualidad cumplen sentencia por este delito es Gustavo Arcos Bergnes, también ex-diplomático cubano y transgresor recurrente. Antiguo embajador de Cuba en Bélgica, fue sentenciado en 1968 a diez años de prisión por oponerse a la revolución y liberado, gracias a un perdón judicial, antes del término de su sentencia. En 1981, Arcos solicitó permiso para salir de Cuba y visitar a su hijo, quien había resultado gravemente lesionado en un accidente automovilístico en los Estados Unidos. El permiso le fue negado. El gobierno cubano lo acusó de intentar huir clandestinamente, poseer igualmente armas de fuego y moneda extranjera y tratar de sacar subrepticia-

mente propiedades del país. Fue condenado a siete años de prisión; su sentencia expira el 31 de agosto de 1987, aunque podría ser liberado antes por buena conducta.

Los procedimientos empleados para imponer sentencias tan prolongadas son descritos en un relato autobiográfico de un prisionero, Jorge Valls, maestro y poeta liberado en 1984. Valls fue apresado varias veces por sus actividades revolucionarias durante el régimen de Batista. Después de un par de sentencias breves bajo Castro, fue juzgado y sentenciado a purgar una condena prolongada en 1964. El relato de su experiencia personal, "Veinte Años y Cuarenta Días: La vida en una prisión cubana", fue publicado por el *Americas Watch* en abril pasado. Valls escribe sobre su juicio:

Un oficial me entregó la acusación. Se me culpaba de haber encabezado varias agrupaciones antigubernistas y de actividades "en contra de los poderes del Estado". La parte acusadora pedía doce años de sentencia.

Un hombre vestido de civil se me acercó con expresión de desdano, dijo que era abogado y preguntó si deseaba que me defendiera. Respondí que mi abogado era el Dr. Ibarra. Se marchó y regresó momentos más tarde para decirme que mi defensor había probablemente desertado pero que él estaba ahí para representarme, si así lo deseaba. Ya que todo era una farsa, le dije que estaba de acuerdo, que podía actuar como deseaba.

El proceso se llevó a cabo a puerta cerrada. En el interior de la sala, que estaba casi llena, había sólo militares. Un grupo de soldados montaba guardia afuera. El juicio comenzó teniendo como representante al defensor de oficio. Cuando la corte le permitió el uso de la palabra, manifestó que deseaba dejar en claro que no le ligaba ningún vínculo con el acusado —cosa que nadie parecía poner en duda. El abogado, de pie y de muy mala gana, presentó su defensa de acuerdo con la práctica consuetudinaria. Admitió que, por supuesto, el "hombre" al que representaba —evitó decir "mi cliente"— era culpable de todo lo que se le acusaba, pero era un hombre muy ignorante que no podía comprender la revolución. Después, suplicó la clemencia del tribunal.

Nadie le prestó gran atención, así que continuaron con mi proceso. El agente de seguridad del Estado que fungía como testigo, declaró que yo había pasado mi vida tratando de "envenenar contra la revolución las mentes de la gente". El fiscal habló de las buenas obras del gobierno y de lo pernicioso de la contrarrevolución. De manera algo ambigua mencionó que mi admiteda evasión del servicio militar obligatorio podría significarme otro juicio en el futuro. Concluyó demandando una sentencia de 12 años.

Cuando se me preguntó si tenía algo que declarar respondí afirmativamente. Me puse de pie y pronuncié un pequeño

Creo, que por lo menos me proporcionó el placer de manifestarlo: "Creo en Dios, en la libertad esencial del hombre, en la condición sagrada del ser humano, en la Constitución y en todo lo que Ignacio Agramonte defendió en la Asamblea Constituyente de Guaimaro en 1869". Después me senté.

El defensor de oficio se puso de pie y manifestó que aunque no se podía afirmar que yo fuera un inculto, era como uno de esos estudiantes que nunca comprenden una materia, y yo no entendía la revolución. Por lo tanto solicitaba clemencia. La sesión terminó, pero nunca fui informado del veredicto final. Nunca se me comunicó mi sentencia, ni en forma verbal ni por escrito. Fui trasladado de nueva cuenta a las galeras.

Valls se enteró, tiempo después, que su sentencia no era de 12 años, como había pedido el fiscal, sino de 20. Pagó cada día de la misma y, cuando cumplió los 20 años, no fue liberado. Algunos otros prisioneros irreductibles que rehusaron someterse a un plan reeducativo, a los que se les conoce como "plantados", fueron retenidos uno o dos años después del término de sus sentencias. Valls, quien había conseguido el reconocimiento internacional con un libro de poemas y otro de piezas teatrales, publicados en el extranjero gracias a que habían sido sacados subrepticamente del penal, fue dejado en libertad 40 días después de haber cumplido su sentencia. Él atribuye su liberación a los esfuerzos de Anmístia Internacional y de otras agrupaciones que lanzaron una campaña mundial para asegurar su libertad.

Otro antiguo prisionero, Armando Valladares, ha publicado recientemente sus memorias sobre los 22 años que pasó en las cárceles de Castro (*Contra toda Esperanza*, Ed. Knoff). Como otros que sobreviven y que fueron puestos en libertad, Valls y Valladares relatan condiciones aterradoras: golpizas frecuentes, bayonetazos, trabajos forzados —sin sentido alguno—, práctica constante del aislamiento, dietas de hambre, falta de atención médica y las muchas, muchísimas maneras que los carceleros encontraban para humillar a quienes no demostraban su aprecio por la revolución o persistían en sus actitudes desafiantes.

De cuando en cuando, se dan indicios de que el gobierno cubano pudiera ablandarse en lo que respecta al duro trato a que son sometidos los prisioneros políticos. El avance más significativo se logró a fines de los setenta, cuando la administración Carter contribuyó a asegurar la puesta en libertad de muchos miles de prisioneros. Desde entonces, las relaciones de Cuba con los Estados Unidos se han deteriorado, en parte por los muchos crimina-

les y enfermos mentales que sorprendentemente llegaron con el éxodo de 125 mil cubanos en la "flotilla de la libertad" que salió de Mariel en 1980; en parte por la retórica de enfrentamiento y el estilo del gobierno de Reagan y como resultado de su decisión de instalar Radio Martí el año pasado y la respuesta de Castro ante esta acción, para mencionar algunos de los problemas que se han suscitado.

Un tópico central entre los Estados Unidos y Cuba ha sido el acuerdo celebrado con la administración Carter en 1980 para permitir a gran número de presos políticos emigrar a los Estados Unidos. Nuestro país respetó el compromiso sólo por un corto período, de fines de 1984, cuando Castro aceptó retomar a los "extranjeros excluibles" que se unieron al éxodo de Mariel, a mayo de 1985, cuando Castro manifestó que ya no aceptaría a esa gente debido a que los Estados Unidos habían instalado Radio Martí para transmitir directamente a Cuba.

Castro ha utilizado la negativa de Reagan a respetar el acuerdo celebrado durante el último año de la administración Carter como fundamento para no liberar más prisioneros políticos. Sin embargo, algunos de ellos podrían ser dejados en libertad y enviados a España, Francia y otros países que han aceptado refugiados políticos cubanos. De hecho, parece ser que los presos políticos se han convertido en rehenes de las relaciones cada vez más hostiles entre los Estados Unidos y Cuba. Abrams y Kirkpatrick, quienes han vociferado contra los activistas de los derechos humanos por no prestar la suficiente atención a Cuba, no han utilizado la influencia que tienen en la administración Reagan para velar porque su país respete su compromiso de otorgar visas migratorias a los ex-prisioneros políticos cubanos. La situación de estos últimos en Cuba es muy difícil; no deberían ser castigados por las acciones de Cuba en Mariel en 1980, o por la negativa de Castro de retomar a los criminales y enfermos mentales a los que animó a emigrar a los Estados Unidos.

A pesar de las ásperas relaciones entre los Estados Unidos y Cuba, este podría ser el momento de ejercer presión sobre Castro para mejorar la situación de los derechos humanos. La razón más importante es que, a pesar de los continuos abusos contra los derechos humanos en otros países de la región, en general la situación en Latinoamérica es mucho mejor que la que imperaba hace una década, o incluso hace cinco años. Hoy los líderes más destacados en América Latina, el Presidente Raúl Alfonsín de Argentina y el Presidente Alán García del Perú, deben una buena parte de su reputación internacional a sus es-

fuerzos por defender los derechos humanos. En consecuencia, la atención a los abusos en Cuba no puede ser tan fácilmente desviada por el hecho de señalar la tiranía y la crueldad en otras regiones.

En 1984, Jesse Jackson logró traer con él de Cuba a 26 prisioneros políticos sentenciados a largas condenas. Unos cuantos meses después, en febrero de 1985, una delegación de obispos católicos estadounidenses obtuvo autorización del gobierno cubano para liberar a un número importante de presos políticos (hasta ahora sólo unos cuantos han sido puestos en libertad como resultado de dicho acuerdo; según algunos reportes, las dificultades para arreglar la emigración de ciertos prisioneros han retardado el proceso).

Más recientemente, en respuesta a las presiones ejercidas —sobre todo desde Francia— en favor de los derechos humanos, Cuba liberó a uno de sus prisioneros más famosos, Ricardo Bofill Pagés, antiguo profesor de ideología marxista y vicerrector de la Universidad de la Habana. Bofill ha pasado casi la mitad de las dos últimas décadas en prisión por "desviación ideológica". Fue encarcelado de nueva cuenta en 1983, aparentemente en castigo por haber informado a dos periodistas franceses sobre las condiciones de las cárceles cubanas. En el momento en que escribo el presente artículo, Bofill continúa en la Habana. Según palabras de su esposa, quien radica en Miami, él intenta conseguir una visa de salida para poder abandonar el país. A fines de mayo pasado, 10 prisioneros políticos condenados a sentencias prolongadas, todos "plantados", fueron incluidos en un grupo de 29 prisioneros puestos en libertad; a varios de ellos les faltaban muchos años para cumplir su sentencia.

Otro ligero indicio de que ahora podría lograrse algún avance, es el hecho de que Fidel Castro accediera a incluir el tema de los derechos humanos en la agenda de una reunión celebrada el pasado otoño con una importante delegación enviada a Cuba bajo el patrocinio de la Comisión Estadunidense de Relaciones Centroamericanas, grupo encabezado por el ex-embajador de los Estados Unidos en El Salvador, Robert White. Varios eminentes activistas de los derechos humanos que formaron parte de esta reunión tuvieron éxito en utilizar su visita para que las autoridades cubanas proporcionaran alguna información sobre los prisioneros políticos. El pasado abril, el gobierno cubano aprobó una "misión técnica" que se realizará a fines del presente año y en la que se podrá obtener información adicional.

Es importante que los activistas de los derechos humanos no se dejen arrullar por estos indicios y crean que se pueden lograr avances significativos limitándose a su propio estilo de "diplomacia pacífica". En el caso de Cuba, como en cualquier otra parte del mundo, la "diplomacia pacífica" es un medio esencial para asegurar concesiones en casos particulares; sin embargo, es poco factible que tenga éxito a menos que esté respaldada por la presión pública. Como cualquiera de los líderes mundiales, Fidel Castro se ha preocupado por proyectar una imagen internacional favorable y utiliza las condenas hechas a su gobierno desde Washington para presentarse a sí mismo como David frente a Goliat.

Una crítica estrepitosa y continua en contra del gobierno cubano como enemigo de la libertad y la dignidad humana sería distinta si proviniera de aquellos que han ganado prestigio por sus luchas en contra de los escuadro-



nes de la muerte, los desaparecidos políticos en El Salvador y Guatemala y otros abusos cometidos en países aliados de los Estados Unidos. Existen pocas probabilidades de que dicha presión transforme al sistema cubano. Como en otros países, los cambios en este sentido trascienden los logros que se pueden obtener por medio de la atención internacional. Sin embargo, una protesta generalizada contra los abusos sobre los derechos humanos en Cuba podría ayudar a algunas de las víctimas de este sistema, y esa es una razón suficiente para que valga la pena.

Traducción de Verónica Terán

MALRAUX DIEZ AÑOS DESPUÉS

por Jorge Semprún

EN JULIO DE 1937, André Malraux asiste —es incluso la estrella— al segundo Congreso Internacional en defensa de la cultura, que se realiza en España, en parte en Valencia y en parte en Madrid, sitiada por el ejército franquista. En ese momento, el escuadrón internacional de la aviación republicana, que él había creado un poco antes, en los comienzos de la Guerra Civil, fue disuelta: misión cumplida. Desde principio del año, Malraux se dedica a hacer viajes de propaganda y de organización de la ayuda en favor de la España republicana.

El primero de febrero de 1937 habló en París, en la Mutualidad. A. Petitjean escribió para la *Nouvelle Revue Française* de marzo la crónica —irritada y fascinada— de la intervención de Malraux. *En toda mi vida —y mido bien mis palabras— no he visto igual dominio de sí, igual poder de un hombre, del "homo loquens"...* A fines del mismo mes, Malraux está en los Estados Unidos, donde emprende una larga y fructífera gira de conferencias, debates y entrevistas.

A su vuelta comienza la redacción de *L'Espoir*, cuyo manuscrito está listo hacia fines del mes de agosto. Pero ciertos episodios de la novela, entre los más significativos (los reflejos cambiantes del carusel, ante los ojos casi ciegos de Jaime Alvear; las camillas de los aviadores caídos en la montaña y cargados por los campesinos, de pueblo en pueblo), han aparecido ya, como breves relatos, incluidos en los discursos políticos de la primavera de 1937. Puede seguirse en detalle esta génesis de la novela en los dos estudios más importantes, desde mi punto de vista, de este periodo de la vida y

Notas

¹Amnistía Internacional fue fundada en 1961, pero se mantuvo como una organización relativamente pequeña y predominantemente europea durante esa década. Otros grupos fueron fundados aún antes que Amnistía, pero carecieron de un impacto importante.

²En la actualidad, Guyana es el único país en el hemisferio, además de Cuba, que prohíbe las misiones de investigación sobre derechos humanos. En el caso de Guyana, sin embargo, existe una asociación local sobre derechos humanos que provee información en la cual pueden basarse y centrar sus esfuerzos los grupos internacionales.

la obra del escritor: *André Malraux et l'Espagne*, de Robert S. Thornberry (1977), y *André Malraux und der spanische Bürgerkrieg*, de Günter Schimigalle (1980), todavía no traducido al francés.

El origen verbal de la novela, su locuacidad, no son indiferentes cuando se trata de asir lo que hay de específico en la estructura narrativa de *L'Espoir*. Se trata de una obra coral, de una orquestación de las voces más diversas de la guerra civil española, vista desde el lado de la República. Toda época de crisis, de ruptura histórica —acordémonos de mayo de 68— se caracteriza por una explosión de tomas de palabra. Se escucha el discurso de aquellos que tenían ya el hábito y el poder de hablar, pero también los gritos, las imprecaciones, el lenguaje desatado de quienes no tenían ni uno ni otro. Ello implica que afloran las tonterías, a veces odiosas, pero también el resplandor de algunos diamante de negra verdad.

L'Espoir es así, esencialmente, un acta novelesca, polifónica. Desde las voces telefónicas del primer capítulo, que permiten seguir los triunfos y los fracasos de la insurrección fascista, hasta las voces anónimas, verdaderamente trágicas, del final, que ritman el avance de las tropas republicanas en los días de la batalla de Guadalajara, toda la novela está construida en torno de ese estallido de la palabra humana: toma de conciencia y proyección en la marcha de la Historia. Todo contribuye a ella; desde los relatos de militantes anónimos hasta los diálogos filosóficos que marcan, en el caso de los personajes principales del relato, los descansos del descenso a los infiernos

de la acción. Pero es ese zumbido de la lengua el que vuelve todavía más chocantes ciertos silencios y más significativa la sordera de Malraux ante ciertas voces de la realidad española de la época. Porque Malraux descartó deliberadamente de su construcción narrativa todo elemento que pusiera en tela de juicio la política que había adoptado, después de una larga reflexión: el del antifascismo stalinista, el de la cofradía del Partido Comunista.

Cuando interrumpió la escritura de su novela, en los primeros días de julio de 1937 (casi cincuenta años: el acontecimiento será estudiado críticamente en la propia Valencia, al cumplirse el aniversario, en una reunión internacional de escritores que presidirá Octavio Paz), para asistir al Congreso Internacional en defensa de la cultura, Malraux no podía ignorar los arrestos de los dirigentes del POUM; la desaparición de Andrés Nin, que morirá a causa de la tortura; la represión que se despliega y que es obra de los servicios especiales de la República española, controlados por los consejeros soviéticos. Pero no dirá nada, y el Congreso en conjunto guardará silencio en relación con el problema, ocupado como está en difamar a André Gide y su *Retorno de la URSS*.

Sin duda, en ciertos diálogos de *L'Espoir* aparecen los elementos de una crítica radical del comunismo. No se refiere a la inmediatez de la táctica sino a la visión del mundo, la filosofía de la Historia. En torno de esos elementos habría que articular una nueva lectura de la novela, formidable acta contradictoria de una época miserablemente heroica.

